

Los libros como maestros

Pasando lentamente las páginas penetró en mi alma un mundo cuya existencia hasta entonces había ignorado, en el que nunca había pensado, que nunca había sentido, y allí se quedó. Muchas cosas que hasta entonces sabía y sobre las que había meditado se convirtieron en detalles en los que no valía la pena insistir y otras que ignoraba surgieron de sus escondrijos y me enviaron señales.

Orhan Pamuk, La vida nueva

Como instrumentos de enseñanza, los libros nos permiten, sobre todo, cuestionar lo establecido. Desechar ideas obstinadas y viejas. Permiten al alumno dudar de los educadores. Le dan la posibilidad al aprendiz de detenerse a contemplar las palabras carrasposas del profesor, y examinarlas con lupa. Porque, en cierto sentido, un libro es un instrumento mental óptico; permite ampliar o disminuir los hechos de nuestra existencia. Esta variación del tamaño es útil porque en ocasiones es necesario amplificar el efecto de las lecciones históricas en nosotros, mientras que en

otras circunstancias es necesario disminuir las angustias relacionadas al deber ser.

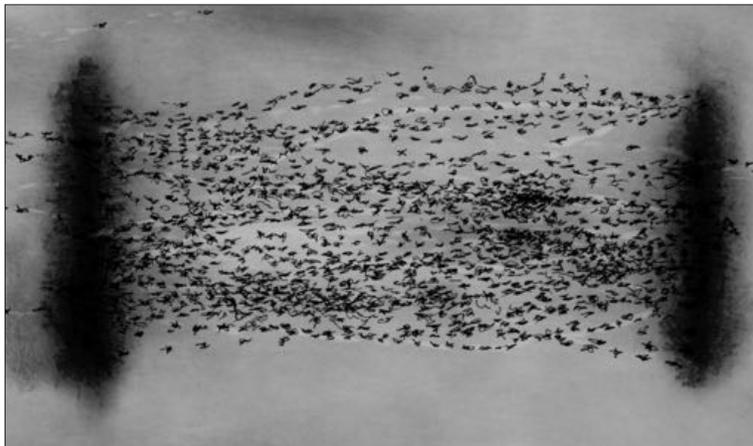
En un sentido literal, un libro es un conjunto de páginas donde se ha establecido un orden para narrar o exponer algo. En un sentido educativo, un libro es una secuencia de razonamientos, pruebas y sentidos expuestos; comprende datos e interpretaciones científicas o personales de cómo se comportan las cosas y como deberían ser o como podrían ser. Al respecto, hay maneras de ver la utilidad que un libro proporciona. Los libros más útiles,

decía Voltaire (decir es más una expresión que una literalidad) "son aquellos de los que los propios lectores hacen la mitad, amplían los pensamientos cuyo germen se les ofrece, corrigen lo que les parece defectuoso, y fortifican con sus reflexiones lo que les parece débil"¹. Ellos nos permiten aprender en la propia reflexión. No son biblias que puntualizan lo que se hace o se deshace ante el juicio de un ente omnipresente rector.

Como cualquier estudio empieza por una pregunta, los libros son imprescindibles. Nos permiten charlar, como afirmó Descartes en su

Metafísica, con las mejores mentes del pasado; discutir mentalmente con los argumentos que han llegado a elaborar y que aparecen con voz propia en un paisaje mental para discusión. Posibilitan que recorramos caminos elaborados e intrincados de un laberinto reflexivo de las cosas, hasta encontrar salidas simples y bellas a los enredos más trascendentes de las dudas humanas.

Cuando los libros no se leen, no hay más utilidad en ellos que la capacidad de sus hojas de quemarse para una fogata o en su rigidez como punto de apoyo.



1 Dicionario de Filosofía, 1975.

Los libros técnicos, por una parte, son un grupo de preguntas. De una pregunta derivan las respuestas que se enseñan en las escuelas, los colegios y las universidades. Los estudiosos son expertos en hacer preguntas. Son preguntones entrenados que registran las conclusiones a las que llegaron y la forma en la que llegaron a ellas en un paquete de hojas unidas por pegamento (eso a lo que llamamos libro). De tal modo, los libros amplifican nuestra capacidad de dudar y formular preguntas. Volvernos expertos en hacerlas.

Las novelas, los cuentos, la poesía y otras literaturas, por otra parte, son formulaciones de escepticismo menos explícito. Leemos en la literatura nuestras propias angustias y creencias; o reafirmamos aquello de lo que no dudamos o renunciamos a lo indudable. Los buenos lectores, con más frecuencia, optan por la segunda alterna-

tiva. Le dan cuerpo a su propia ignorancia y la moldean. Aceptan la verdad como ejercicio de duda. Los lectores más superficiales verifican sus actitudes y evalúan positivas sus decisiones en la lectura. No toman al libro como una alegoría de su cueva platónica. No rehúyen de sus hábitos y costumbres intelectuales y humanas, solo bibliifican los párrafos y las oraciones de sus lecturas favoritas. Enaltecen lo dicho por el autor cuando es afín a su cosmovisión. Para ellos se trata de gustos, no de descubrimiento, de comprensión del mundo y de los otros. No quieren vivir fuera de las páginas, sino en mundo adecuados a ellos. Kafka escribió² al respecto: "Si el libro que estamos leyendo no nos despierta de un golpe en la cabeza, ¿para qué lo estamos leyendo? ¿Para qué nos haga felices (...)? Dios mío, seríamos felices precisamente si no tuviéramos libros, y el tipo de libros que

Leemos en la literatura nuestras propias angustias y creencias; o reafirmamos aquello de lo que no dudamos o renunciamos a lo indudable

nos hacen felices son el tipo que escribiríamos nosotros si tuviéramos que hacerlo. Pero necesitamos libros que nos afecten como un desastre, que nos duelan profundamente como la muerte de alguien que quisimos más que a nosotros mismos, como estar desterrados en los bosques más remotos, como un suicidio. Un libro debe ser el hacha que rompa el mar helado dentro de nosotros".

Asegurar que los libros no son más que un tipo de vida me parece poco astuto, risible y de tontos. Los libros son un medio de registro donde dejamos constancia de lo que es la vida. No son la vida en sí misma. La vida es otra cosa, una constante reflexión de la muerte. Pero los libros hacen posible contemplar la vida de otros en buena medida (lo que es parte de vivir, y

una buena parte). Es así, que me permitiría afirmar que los libros son educadores por excelencia. No porque nos den lecciones a raja tabla, sino porque nos hacen maestros de nosotros mismos.

No se lee por pompa, por estatus o competencia cuando se lee de verdad, se lee porque la muerte es muy costosa.

La lectura y el libro son acto e instrumento de aprendizaje más autónomo que compartido. Merecen la pena tiempo para ser perfeccionados ambos. Parte de leer es pensar lo leído; esto puede ser por días, semanas, años, o simples horas o minutos. Pero leer y pensar, como vivir y respirar, no pueden ser el uno sin el otro. Por eso, los libros son tan importantes en la enseñanza.

* **Michael Peñafiel.** (Quito, 1997) es estudiante de Economía y Matemática de la Universidad Central del Ecuador. Fue asistente de investigación en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad de Ciencias Económicas. Actualmente, es asistente de investigación en el Instituto de Pensamiento Político y Económico de ADDI.